

NEW LEFT REVIEW 143

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2023

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON	¿Derecho internacional?	7
CAITLÍN DOHERTY	Topografías del capital	35

DEBATE

ALYSSA BATISTTONI Y GEOFF MANN	<i>Bidenomics</i> climática	61
-----------------------------------	-----------------------------	----

ARTÍCULO

JOHANNES HOERNING	Pensar lo impensable	89
NIC JOHNSON	Tiempos de interés	121

CRÍTICA

DYLAN RILEY	Sermones para príncipes	161
CHRISTOPH SCHURINGA	El sistema de Schelling	176

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



LA POLÍTICA ECONÓMICA DE BIDEN RESPECTO AL CLIMA

● **CÓMO DEBE EVALUARSE** hasta el momento la política económica de Biden? En sus «Siete tesis sobre la política estadounidense», Dylan Riley y Robert Brenner sostienen que la prolongada ralentización de las tasas de crecimiento ha propiciado el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación en Estados Unidos, que denominan «capitalismo político» y definen como una «redistribución políticamente organizada de los recursos en provecho de quienes ya disponen de mayor renta y riqueza» hasta el punto de que «el poder político puro, y no la inversión productiva, [se convierte en] el determinante clave de la tasa de rentabilidad». En opinión de Riley y Brenner, ello ha transformado el panorama electoral de Estados Unidos y ha recompuesto las coaliciones de los dos principales partidos, produciendo «una feroz e intensamente divisiva política de redistribución de suma cero, organizada en gran medida en torno a conflictos de intereses materiales presentes *en el seno* de la clase obrera», que se producen entre grupos definidos por el nivel educativo y la raza¹. En el debate que ha seguido a la publicación de su artículo, las contribuciones han ido en varias direcciones: el papel de la clase y su relación con el «interés material» en Estados Unidos; las dinámicas que impulsan el desalineamiento partido-clase, esto es, el proceso en virtud del cual los trabajadores abandonan el Partido Demócrata y optan por votar al Partido Republicano, mientras que los perceptores de altos ingresos se mueven en la dirección opuesta, así como las perspectivas para contrarrestarlo; la geopolítica de lo que Lola Seaton denomina la «iniciativa de industrialización

¹ Dylan Riley y Robert Brenner, «Seven Theses on American Politics», *NLR* 138, noviembre-diciembre de 2022; ed. cast.: «Siete tesis sobre la política estadounidense», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

verde-nacionalista» acometida por el gobierno de Biden; la pertinencia del análisis de la «larga recesión» pivotado en torno al comportamiento del sector industrial elaborado por Robert Brenner para explicar el «estancamiento secular»; y, en general, las perspectivas de la actual política de la izquierda estadounidense, basada o no en la clase².

Lo que ha estado sorprendentemente ausente del debate, dada la centralidad de la «política industrial verde» en la agenda de Biden, por no mencionar el estado general del planeta ilustrado por el pasado verano que ha sido el más caluroso jamás registrado, es el cambio climático. Por supuesto, los artículos mencionados aluden al papel de la transición energética en las iniciativas domésticas y geopolíticas de la Casa Blanca y destacan las promesas de descarbonización efectuadas por el gobierno estadounidense, aunque solo sea para señalar su insuficiencia. Pero el propio cambio climático prácticamente no se aborda como un problema específico dotado de importancia política y económica por derecho propio. En este sentido, el debate recogido en las páginas de esta revista refleja el estado general del debate político. La *Inflation Reduction Act*, quizá el buque insignia de las políticas constitutivas de la *bidenomics*, fue aclamada como una normativa que podría «salvar la civilización» tras su aprobación en agosto de 2022³. Desde entonces, esta norma se ha asimilado casi por completo al marco más general de la política económica de Biden: discutida previamente en relación con el *Green New Deal*, ahora se evalúa con mayor frecuencia junto a la *Infrastructure Investment and Jobs Act* (2021), aprobada conjuntamente por el Partido Republicano y por el Partido Demócrata, y la *CHIPS and Science Act* (2022) y se pondera en términos de inversión nacional y de su dinámica geopolítica en vez de ligarla al cumplimiento de los correspondientes objetivos de descarbonización o a sus impactos climáticos.

² Matthew Karp, «Party and Class in American Politics», *NLR* 139, enero-febrero de 2023; Tim Barker, «Some Questions about Political Capitalism», *NLR* 140/141, marzo-junio de 2023; Aaron Benanav, «A Dissipating Glut», *NLR* 140/141, marzo-junio de 2023; Lola Seaton, «Reflections on Political Capitalism», *NLR* 142, julio-agosto de 2023 [ed. cast.: Matthew Karp, «Partido y clase en la política estadounidense: Réplica a “Siete tesis sobre la política estadounidense”, de Riley y Brenner», *NLR* 139; Tim Barker, «Algunas cuestiones sobre el capitalismo político: Réplica a “Siete tesis sobre la política estadounidense”, de Dylan Riley y Robert Brenner», *NLR* 140-141, mayo-agosto de 2023; Aaron Benanav, «Un exceso de capacidad devorador», *NLR* 140-141, mayo-agosto de 2023; Lola Seaton, «Reflexiones sobre el «capitalismo político», *NLR* 142, septiembre-octubre de 2023]; véase también Grey Anderson, «Strategies of Denial»/«Estrategias de negación», *Sidecar/El Salto*, 15/21 de junio de 2023.

³ Paul Krugman, «Did Democrats Just Save Civilization?», *The New York Times*, 8 de agosto de 2022.

Igualmente, las cuestiones políticas sobre las que se ha centrado el debate recogido en la *NLR* no han versado «sobre» el clima en ningún sentido real del término. Tal vez los participantes en este debate han aceptado al pie de la letra las afirmaciones de buena fe climática contenidas en la *Inflation Reduction Act* o han asumido que las alusiones efectuadas a la «tecnología verde» bastan como análisis de las cuestiones implicadas en el cambio climático, cuando este exige en realidad una atención explícita y específica. Dos grandes cuestiones estructuran nuestras reflexiones en este frente: en primer lugar, qué significa la *bidenomics* para el clima; y, en segundo, qué significa el cambio climático para la *bidenomics* y para la política considerada en su sentido más general. Antes de abordarlas, sin embargo, merece la pena examinar más detalladamente las condiciones políticas y las dinámicas domésticas y geopolíticas que conformaron la *Inflation Reduction Act* al hilo del análisis tanto de sus objetivos como de sus contradicciones en tanto que estrategia política. ¿Por qué adoptó la *Inflation Reduction Act* la forma que adoptó y qué nos dice esto sobre el diagnóstico del «capitalismo político»?

¿En las entrañas de la *Inflation Reduction Act*?

Si la *Inflation Reduction Act* puede presumir de ser la legislación federal sobre el clima más importante aprobada en la historia de Estados Unidos, ello se debe en gran medida a que es la primera norma de este tipo que se promulga en este país. Aunque sus disposiciones son claramente inadecuadas para la escala de la crisis climática, los defensores de la misma han argumentado que es al menos un punto de partida a partir del cual podrán implementarse ulteriores iniciativas. Si los ecosocialistas siguen participando en el proceso formal de implementación de las diversas políticas tanto mediante las presiones externas del activismo como al hilo del trabajo político interno realizado en el Congreso, la política climática se acercará a la escala y al alcance requeridos por la situación presente. La esperanza es que el conjunto de subvenciones, exenciones fiscales, inversiones en infraestructuras y proteccionismo mercantil una a los promotores de la tecnología verde con el gran capital, el movimiento obrero organizado y los beneficiarios del crecimiento futuro. Si esta coalición tiene éxito, se diseñarán e implementarán más políticas industriales ecológicas hasta que las nuevas industrias limpias se conviertan en los motores autosuficientes de una economía próspera.

Abordaremos de nuevo la cuestión del crecimiento verde posteriormente, pero las cuestiones planteadas hasta ahora en el debate sobre «Siete tesis sobre la política estadounidense» apuntan a otra cuestión: ¿por qué Biden hizo, en todo caso, algo por el clima? Riley y Brenner diagnostican las políticas diseñadas por Biden como un llamamiento a los intereses materiales del nuevo electorado demócrata, esto es, el electorado en posesión de una titulación universitaria, caracterizado por una alta valoración del «conocimiento experto» y por ser una «fuerza de trabajo acreditada académicamente». En un primer momento, la *Inflation Reduction Act* podría parecer fácilmente asimilable a este proyecto, un elemento de atracción para los partidarios del eslogan «la ciencia es real». Ciertamente, un elemento decisivo de la decisión de Biden de adoptar una política climática puede explicarse apelando a las luchas fraccionales libradas en el seno del Partido Demócrata. Biden fue elegido en medio de la oleada de activismo climático registrada tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo: las elecciones de 2020 fueron quizá las primeras en las que el cambio climático fue un tema serio de debate, impulsado en gran medida por la presión del ala izquierda del partido. Tras unas primarias muy reñidas en las que el *establishment* demócrata cerró filas contra Sanders y otorgó la candidatura a Biden, el cambio climático resultó ser un tema crucial en torno al cual forjar una tregua, ejemplificada por la creación de la Sanders-Biden Unity Task Force sobre la crisis climática. El gobierno de Biden presentó entonces el sorprendentemente ambicioso plan *Build Back Better* (2021), que proponía grandes inversiones en los ámbitos entreverados de la descarbonización y de los cuidados, incluido el apoyo a las familias con hijos, la ampliación de los permisos retribuidos y la financiación de la educación infantil. Este ambicioso proyecto fue netamente redimensionado, como era de esperar, por las negociaciones posteriores efectuadas en el Congreso; durante meses pareció que este paquete legislativo federal sobre el clima perecería una vez más entre los escollos de la división partidista característica de la política estadounidense. Sin embargo, la normativa climática sobrevivió, aunque en la forma debilitada de la *Inflation Reduction Act*. ¿Por qué salió adelante esta normativa, mientras que las inversiones propuestas en el ámbito de la «infraestructura del cuidado» y otros programas de bienestar social fueron abandonadas?

El análisis de Riley y Brenner sobre el «capitalismo político» a tenor del cual los Republicanos y los Demócratas ofrecen beneficios materiales a sus bases –respectivamente, los menos formados y los más cualificados

académicamente— no ofrece una respuesta convincente. Las bases del Partido Demócrata, después de todo, se hallan formadas por un gran número de trabajadores y trabajadoras empleados en el sector de los cuidados y por hogares con dos ingresos, que presumiblemente preferirían grandes inversiones en políticas sociales de cuidados. Silicon Valley apoyó la ley, al igual que lo hicieron finalmente los fabricantes de automóviles, y lo que es más sorprendente las propias empresas de combustibles fósiles. Pero la *Inflation Reduction Act* no es tanto una concesión al poderoso grupo de presión del capital verde como un esfuerzo por dotar de existencia a una nueva fracción de este, si no desde cero, sí al menos a partir de los restos del paquete de estímulo de la era de Obama, que ayudó a catalizar la industria solar estadounidense. Ciertamente, los dirigentes demócratas se toman ahora más en serio el cambio climático, pero, como puede atestiguar el caso de Al Gore, las preocupaciones de la elite demócrata por el calentamiento global han ocupado un lugar secundario durante décadas.

La importancia de las inversiones climáticas para la *bidenomics* se comprende mejor, si la interpretamos como un esfuerzo por enhebrar la delicada aguja política que se debate en estas páginas. Riley y Brenner sostienen que la política actual ha abandonado «incluso la *esperanza* de crecimiento», de ahí que definan la política económica de Biden como «gasto público financiado mediante el endeudamiento verificado en un entorno de ausencia de crecimiento económico». Pero la *Inflation Reduction Act* es claramente un intento de crear un nuevo programa de crecimiento en torno a una nueva coalición política, como han argumentado Ted Fertik y Tim Sahay⁴. La *Inflation Reduction Act* se halla animada evidentemente, pues, por la esperanza de restaurar el crecimiento a través de una estrategia clásica de (re)industrialización, que genere riqueza económica vigorosamente distribuida en vez de optar por la distribución de los beneficios sociales directamente mediante el gasto público efectuado en sectores de bajo crecimiento como es el de los cuidados.

En lugar de canalizar los beneficios obtenidos mediante un juego de suma cero a las bases del Partido Demócrata dotadas de mayores credenciales académicas, la *Inflation Reduction Act* constituye en cierto sentido el intento estratégico de llegar precisamente al conjunto de los votantes

⁴ Ted Fertik y Tim Sahay, «Bidenomics and Climate Action: The Case of the Inflation Reduction Act», conferencia pronunciada en la Brown University, 3 de febrero de 2023, disponible en YouTube.

de clase trabajadora que han abandonado el Partido durante las últimas décadas. La propia normativa fue en última instancia el resultado de un acuerdo a puerta cerrada sellado entre los senadores Joe Manchin y Chuck Schumer y su propia configuración refleja el dilema del Partido Demócrata: una negociación entre Virginia Occidental y Nueva York. Muchos analistas han destacado convincentemente los vínculos de Manchin con la industria del carbón como la fuerza central que motivó su recalcitrante comportamiento inicial, así como las concesiones finales contenidas en la *Inflation Reduction Act* a la industria fósil. Sin embargo, igualmente relevante para el carácter de la legislación es la posición de Manchin como lo más parecido al senador de un «estado republicano» presente en el Partido Demócrata y la especial vulnerabilidad de Schumer ante la izquierda en su propio estado natal. En otras palabras, Manchin y Schumer representan los elementos de una coalición histórica cada vez más frágil y su intento de forjar un nuevo compromiso capaz de impulsar al Partido Demócrata hacia el futuro también canaliza muchas de las presiones que actualmente lo están erosionando.

Todo esto queda claro cuando examinamos más de cerca las disposiciones de la *Inflation Reduction Act*. La ley subvenciona la tecnología verde por ambos lados: la producción y el consumo; la oferta y la demanda. Por el lado de la demanda, las medidas aprobadas constituyen un dádiva para los votantes demócratas que dispongan de renta y se hallen implicados en el consumo verde. Las exenciones fiscales concedidas a la adquisición de vehículos eléctricos serán básicamente utilizadas con toda probabilidad por los segmentos superiores de la clase media, mientras que los propietarios de viviendas ecológicamente concienciados pueden incrementar el valor de sus activos instalando bombas de calor, paneles solares y estaciones de carga en sus garajes. Las inversiones por el lado de la oferta, por el contrario, implican en la práctica medidas que no benefician a las bases del Partido Demócrata: se calcula que el 80 por 100 de las inversiones privadas efectuadas en tecnología limpia y en semiconductores anunciadas hasta ahora se han realizado en distritos republicanos⁵. A pesar de todas las medidas de apoyo a los trabajadores y a las organizaciones sindicales implementadas por el gobierno de Biden, la estrategia política de la *Inflation Reduction Act* presupone que el capital privado fluirá más generosamente hacia los lugares donde la sindicalización es más difícil y, en última instancia, hacia los bolsillos de los

⁵ Amanda Chu, Oliver Roeder, Myles McCormick, «Republican Districts Dominate US Clean Technology Investment Boom», *Financial Times*, 13 de agosto de 2023.

votes de los estados republicanos, que se muestran poco dispuestos a apoyar la política climática y mucho menos un *Green New Deal*, pero que, sin embargo, podrían acoger con satisfacción los puestos de trabajo creados en los parques solares instalados en el *Sunbelt*, los parques eólicos de Texas y la fabricación de «tecnología verde» concentrada en los estados sureños en los que rige una política restrictiva respecto a los derechos de los trabajadores. Esta estrategia podría contribuir a crear una coalición bipartidista duradera a favor de la inversión verde capaz de sobrevivir a la polarización existente entre el Partido Demócrata y el Partido Republicano. Se trata, sin embargo, de una estrategia política arriesgada para un partido que confía en renovar su legitimidad, sobre todo frente a las dificultades económicas vigentes como resultado de la inflación. Incluso si la política económica de Biden crea empleos verdes, ¿obtendrá algún crédito de su creación por parte de los votantes que más necesita?

Por otro lado, la probabilidad de que los empleos verdes no sean empleos sindicalizados no se les escapa a los propios sindicatos. Igualmente preocupante es el hecho de que la fabricación de vehículos eléctricos requiera muchos menos trabajadores que la fabricación de coches dotados de motores de combustión interna. La preocupación de que el auge de los vehículos eléctricos amenace a los trabajadores activos en la industria automovilística ha llevado al United Auto Workers (UAW) a situar las condiciones de la transición ecológica en el centro de su histórica lucha por el actual convenio, por la que pretenden que todos los trabajadores empleados en la producción de vehículos eléctricos y de baterías se acojan al «acuerdo marco» del sindicato estipulado con los tres grandes fabricantes de automóviles estadounidenses, GM, Ford y Chrysler/Stellantis⁶. Aunque los titulares constaten, como era de esperar, «tensiones» entre los objetivos laborales y los climáticos, la negociación en curso marca de hecho el apoyo más explícito dado hasta la fecha para acometer una transición verde por parte de los segmentos del movimiento obrero estadounidense más directamente afectados por tal perspectiva y el mayor paso dado hasta el momento para la realización de la más que discutida «transición justa». Mostrando su frustración ante el apoyo poco entusiasta del gobierno de Biden, el UAW se ha negado hasta ahora a respaldar la campaña de reelección de Biden, lo cual ha constituido una iniciativa inteligente que ha presionado a su gobierno para que

⁶ Keith Brower Brown, «As Big 3 Auto Contracts Expire: Hurried Line Speeds and Horrible Hours», *Labor Notes*, 25 de julio de 2023.

conceda nuevas ayudas destinadas a garantizar la sindicalización de las plantas de producción de coches eléctricos y que ha conseguido que el propio Biden hiciera acto de presencia en un piquete del UAW el pasado mes de septiembre⁷.

La huelga del UAW, comenzada el 15 de septiembre con paros iniciales en tres centros de producción de GM, Ford y Stellantis (Jeep), situados respectivamente en Wentzville (Missouri), Wayne (Michigan) y en Toledo (Ohio), revela muchos de los elementos contradictorios puestos en juego por la política económica de Biden: un movimiento obrero cada vez más activo, animado por un mercado de trabajo tensionado, que se enfrenta a un presidente supuestamente favorable a los trabajadores; un sindicato antaño poderoso, envalentonado y amenazado al mismo tiempo por la promesa de una reindustrialización subvencionada por el Estado; la esperanza de un nuevo compromiso de clase en un sector cuyo modelo de crecimiento presupone el acceso a una mano de obra no sindicada; y la perspectiva de que la fuerza de trabajo de una industria intensamente asociada a las emisiones de carbono pueda contribuir a abrir el camino hacia un futuro más ecológico. Por otro lado, como ha señalado Gabriel Winant, el ascenso a la presidencia del UAW de Shawn Fain, un líder de perfil combativo, es el producto de la nueva coalición de clase formada entre los trabajadores poseedores de un alto nivel educativo, pero afectados por una movilidad social descendente, organizados recientemente por el UAW, y los elementos reformistas de su base tradicional⁸.

La huelga de los trabajadores del sector automovilístico también muestra, sin embargo, la fragilidad política de la estrategia de Biden para acometer la transición verde. Aunque Biden repite el mantra «Cuando oigo clima, pienso empleos», a veces parece que espera que nadie oirá hablar del primero. Parece suponerse que las subvenciones verdes serán mejor recibidas, si no se habla de ellas en términos de calentamiento global. Pero la derecha no está dispuesta a guardar el secreto.

⁷ Los trabajadores del gigantesco complejo industrial de Ford que se está construyendo en Stanton, Tennessee, no tendrán que afiliarse automáticamente a la UAW, lo que ha propiciado las críticas al gobierno de Biden del presidente del sindicato, Shawn Fain, por conceder financiación al fabricante de automóviles (la inversión asciende a 5,6 millardos de dólares) sin acordar de antemano las condiciones salariales, «Will the Auto Workers' Strike Jeopardize Joe Biden's Manufacturing Boom?», *The Economist*, 24 de septiembre de 2023.

⁸ Gabriel Winant, «Eight and Skate», *The New York Review of Books*, 23 de septiembre de 2023.

La revitalización del sector petrolífero y gasístico estadounidense como consecuencia de las sanciones impuestas a la exportación de los hidrocarburos rusos ha hecho difícil que Trump acuse a Biden de librar una guerra contra el petróleo, como acusó a Obama de destruir el carbón. Trump, por el contrario, ha aprovechado la oportunidad para atacar a Biden en relación con los vehículos eléctricos: «Esta ridícula cruzada del *Green New Deal* está disparando los precios de los coches y preparando el escenario para la destrucción de la producción automovilística estadounidense». Manchin se ha unido al ataque, tachando de «ilegal» y contraria a la intención de la legislación que él mismo contribuyó a aprobar la laguna jurídica, que permite a los fabricantes de automóviles extranjeros acceder a determinadas subvenciones concedidas a los vehículos eléctricos⁹. De hecho, aunque los vehículos eléctricos son, de media, más caros que los coches de motor de combustión interna, la reciente subida de los precios de los automóviles tiene poco que ver con la transición ecológica. Es, por el contrario, el resultado previsible de la disrupción de las cadenas de suministro, del aumento del tamaño de los vehículos y de la decisión de los fabricantes de dar prioridad a los modelos que presentan mayores márgenes. Es relevante, por otro lado, que estos aspirantes a populistas se hayan unido a los consumidores que se enfrentan a la inflación en lugar de apoyar a los trabajadores que pretenden conseguir un aumento de sus salarios estancados. Fue Manchin quien bloqueó una exención fiscal para los vehículos eléctricos fabricados por trabajadores sindicalizados, mientras que Trump criticó recientemente los vehículos eléctricos en la planta de un fabricante de piezas de automóvil de Michigan, que no permite la presencia de sindicatos en sus establecimientos¹⁰.

Los hechos, sin embargo, no atañen claramente al asunto que nos ocupa. Los vehículos eléctricos ofrecen un tema adecuado a la demagogia inherente a la creciente segmentación partidista existente en Estados Unidos entre las zonas urbanas y las rurales, la cual constituye una importante división política en este país, que en buena medida no ha sido abordada en el debate desencadenado por «Siete tesis sobre la política estadounidense». La mayoría de la población estadounidense depende del coche, sobre todo

⁹ Jonathan Weisman, «Trump Seeks UAW's Support as the Union Wavers on Backing Biden», *The New York Times*, 20 de julio de 2023; Josh Siegel, «Manchin's "Playing with Fire"— and Some Democrats Are Tired of the Drama», *Politico*, 1 de mayo de 2023.

¹⁰ Alex Press, «Trump Is Speaking Tonight in Michigan at a Nonunion Auto Shop, as a Guest of Its Boss», *Jacobin*, 27 de septiembre de 2023.

los votantes de las áreas suburbanas, tan cortejados por ambos partidos. El espectro de una guerra cultural climática en toda regla, anticipado en las advertencias de que el *Green New Deal* privaría a los estadounidenses de sus hamburguesas y de sus *pickups*, es sin duda parte de la razón por la que el gobierno de Biden ha optado por la sustitución uno a uno de los motores de combustión interna por vehículos eléctricos en lugar de decidir la inversión en transporte público limpio o la densificación urbana propuesta por los defensores del *Green New Deal*. Aunque Trump tergiversa las causas de los elevados precios de los vehículos (entre otras muchas tergiversaciones), no se equivoca al señalar que la mayoría de los vehículos eléctricos son demasiado caros para la mayoría de la gente, incluso si disfrutaban de exenciones fiscales, que al menos en la actualidad no se aplican a los modelos más baratos, cuyos componentes no cumplen los estándares contemplados en la *Inflation Reduction Act*, como sucede con el Nissan Leaf. Además, la inflación hace que los precios elevados se conviertan cómodamente en un blanco político fácil. Aunque la *bidenomics* constituye una apuesta por que el apoyo estatal al capital verde puede reactivar el crecimiento y reconsolidar el poder del Partido Demócrata, ello sigue siendo una apuesta arriesgada.

Lógica geopolítica

Aún más arriesgada es la decisión del gobierno de Biden de vincular la política climática a su estrategia geopolítica. Podríamos decir que cuando Biden oye «clima», no sólo piensa en «empleos», sino también en «China». Como ha argumentado Grey Anderson en *Sidecar/El Salto*, el proyecto industrial verde del gobierno estadounidense es un elemento clave en su prosecución de la seguridad de las cadenas de suministros y de la renovación de la hegemonía estadounidense. Para Anderson, esta «lógica geoestratégica» es la que impulsa el dinamismo de la inversión nacional: «Contemplada desde los pasillos del poder, la orientación antichina de la política industrial estadounidense no es un subproducto desafortunado de la “transición” verde, sino su propósito motivador»¹¹. Aunque Trump intensificó drásticamente la retórica antichina, algunos aspectos de este programa se han incubado desde hace mucho tiempo. En 2007, Thomas Friedman presentó el *Green New Deal* como un programa «geoestratégico, geoeconómico, capitalista y patriótico», como una forma de que Estados Unidos «recuperase su lustre»: «Tendremos que encontrar la forma de volver a retejer Estados Unidos en casa, de

¹¹ G. Anderson, «Strategies of Denial»/«Estrategias de negación», cit.

reconectar a Estados Unidos en el exterior y de volver a colocar a Estados Unidos en el lugar natural que le corresponde en el orden mundial, como el faro del progreso, la esperanza y la inspiración. Tengo una idea de cómo hacerlo. Se llama “verde”»¹². Años más tarde, preparándose para su «reorientación hacia Asia», Obama prometió «ganar el futuro»: «innovar, educar y construir mejor que el resto del mundo» mediante, entre otras cosas, la inversión en las energías limpias»¹³.

Durante el mandato de Biden, por supuesto, China ha sido señalada explícita y directamente como el principal competidor de Estados Unidos. Anderson tiene razón al señalar los peligros de esta evolución. Sin embargo, confunde en exceso los planos cuando sugiere la existencia de una «lógica relacional entre el aumento del gasto doméstico y la política cada vez más agresiva desplegada en el Pacífico». Anderson se muestra crítico con la «izquierda ecosocialista» por su lentitud a la hora de criticar el giro belicista del gobierno de Biden, sugiriendo que sus objetivos climáticos pueden haber nublado su juicio: «¿justicia medioambiental» o enfrentamiento atómico en el estrecho de Taiwán?», se pregunta. Las evaluaciones críticas de la *bidenomics* deberían estar seguras de qué es qué», afirma en la conclusión de su artículo. Pero no es la *Inflation Reduction Act*, sino la *CHIPS and Science Act*, aprobada al alimón por Republicanos y Demócratas, la que ha estado en el centro de las fintas sobre Taiwán; los controles sobre las exportaciones, que han sido descritos como un «acto de guerra económica», tienen como objetivo explícitamente las exportaciones de semiconductores¹⁴. Estas políticas pretenden obstruir específicamente el acceso a la tecnología avanzada en el campo de los semiconductores por parte de China, así como estrangular el desarrollo de la capacidad industrial necesaria para hacerse con la misma, en particular en lo referido a toda aplicación que implique un potencial uso militar.

Las disposiciones «*Buy American*» contenidas en la *Inflation Reduction Act* exacerban sin duda cualquier incipiente «Nueva Guerra Fría». Es obvio que Estados Unidos espera llegar a ser económicamente competitivo con China en tecnología verde, pero, como explicamos más

¹² Thomas Friedman, «The Power of Green», *The New York Times Magazine*, 15 de abril de 2007.

¹³ «Remarks by the President in State of the Union Address», 25 de enero de 2011; disponible en obamawhitehouse.archives.gov

¹⁴ Alex Palmer, «“An Act of War”: Inside America’s Silicon Blockade against China», *The New York Times Magazine*, 12 de julio de 2023.

adelante, las subvenciones y los «requisitos de contenido local» previstos por esta norma han conmocionado más a Europa que a Pekín. La producción de vehículos eléctricos requiere semiconductores, pero esta ley no pretende impedir que China los fabrique o que haga lo propio con la energía solar fotovoltaica, ni que no pueda venderlos al resto del mundo. Aunque Estados Unidos lo intentara no lo conseguiría: a diferencia de lo que sucede con los semiconductores sofisticados, China ya domina la producción mundial de estas tecnologías. Los fabricantes chinos de automóviles eléctricos lideran actualmente las ventas mundiales, aunque muy pocos de los compradores sean estadounidenses, sobre todo debido a los aranceles impuestos a la importación de automóviles chinos por el gobierno de Trump, que Biden ha optado por mantener¹⁵. Los fabricantes basados en Estados Unidos se esforzarán para ponerse a la par de los productores chinos con quienes es poco probable que logren competir en precio o calidad, especialmente en mercados emergentes como India y Brasil. China goza de una posición tan predominante en la producción de tecnología fotovoltaica solar, que Estados Unidos no puede permitirse el lujo de imponer barreras comerciales importantes so pena de desbaratar sus propios objetivos de descarbonización¹⁶. En la actualidad, China produce el 84 por 100 del polisilicio mundial, un componente esencial empleado en la fabricación de paneles solares, y casi las cuatro quintas partes del galio de baja pureza, que resulta crucial a su vez para la fabricación de baterías (Pekín impuso la prohibición a la exportación de este metal en represalia por la *CHIPS and Science Act*)¹⁷.

Simplemente no es posible proceder a una rápida descarbonización prescindiendo de la tecnología china. En realidad, el modo más rápido para que Estados Unidos opte por las energías renovables sería a través de un gasto público masivo en la instalación de tecnología limpia comprada a China, estrategia que supondría otro golpe para la fuerza de trabajo industrial estadounidense, aunque probablemente ello sería aceptable para los políticamente poderosos gremios de la construcción. Consciente de estos límites, Biden anunció en 2022 una pausa de dos años en la extensión de los aranceles de Obama contra las importaciones de energía solar china, cediendo ante los instaladores nacionales

¹⁵ David Ferris y Joshua Posaner, «Miles Apart: The US and Europe Diverge on China Car Threat», *Politico*, 23 de junio de 2023.

¹⁶ «Solar PV Global Supply Chains», IEA Special Report, julio de 2022.

¹⁷ Matt Blois, «The US Solar Industry Has a Supply Problem», *Chemical & Engineering News*, 18 de septiembre de 2022; US Geological Survey, «Mineral Commodity Summaries», enero de 2022.

de paneles solares que señalaron que la transición a las energías renovables se estancaría, si el gobierno seguía adelante con la introducción de los mencionados aranceles. Las fábricas chinas con sede en Estados Unidos, como Ja Solar en Arizona, están realizando inversiones a gran escala, en este caso creando 600 puestos de trabajo locales, gracias la *Inflation Reduction Act*. En mayo de 2023 el Departamento del Tesoro aclaró que los proyectos que utilizaran células fotovoltaicas fabricadas en la RPCh podrían beneficiarse de las exenciones fiscales contempladas en la *Inflation Reduction Act*¹⁸. En estos casos, en opinión de Anderson, los objetivos climáticos nacionales parecen tener un efecto moderador en la escalada de la guerra comercial, aunque es difícil saber hasta qué punto, cuando la política climática debe viajar tan a menudo de incógnito.

La respuesta de las empresas estadounidenses de fabricación de paneles y componentes solares, por su parte, pone de relieve la división potencialmente significativa existente en el seno del capital verde, que es probable que se manifieste también de modo cada vez más intenso en otros subsectores. Los instaladores de placas solares, que necesitan los paneles de bajo coste de China, han celebrado la decisión de reducir los aranceles, mientras que los fabricantes de las tecnologías aplicables a la energía solar están en pie de guerra¹⁹. El gobierno de Biden apoya la introducción de barreras proteccionistas contra la importación de vehículos eléctricos chinos asequibles, pero no es difícil imaginar que otros sectores, desde la infraestructura para la electrificación a la fabricación de electrodomésticos, se enfrenten a los dilemas de sus propias divisiones internas en torno a los costes y beneficios de los insumos baratos procedentes de China y a los intereses de los incipientes movimientos obreros que están surgiendo en estos sectores.

El aspecto crucial es que aunque la *Inflation Reduction Act* representa una nueva alineación de la política económica y de la política de seguridad, en sí misma no constituye una amenaza particularmente seria al poder chino. Efectuar estas distinciones no significa eludir los problemas planteados por Anderson a los que recientemente Jamie Merchant ha presado

¹⁸ Ana Swanson, David Gelles y Jim Tankersley, «Biden to Pause New Solar Tariffs as White House Aims to Encourage Adoption», *The New York Times*, 6 de junio de 2022; Ken Rapoza, «China Solar Companies Qualify for Benefits Under Inflation Reduction Act», *Forbes*, 24 de febrero de 2023; Sebrina Fichtner, «Solar Projects Using Cells from China Can Apply for IRA Subsidies», *Solarbe*, 16 de mayo de 2023.

¹⁹ A. Swanson, D. Gelles y J. Tankersley, «Biden to Pause New Solar Tariffs as White House Aims to Encourage Adoption», cit.

atención en *The Brooklyn Rail*²⁰. La *Inflation Reduction Act* se halla articulada y entretrejida sin duda con una posición de dureza respecto a China y desempeña su parte en la estrategia de nacionalismo económico, que siempre ha ido de la mano y subyacente a las ambiciones internacionales estadounidenses. Aunque Anderson exagera el silencio de la izquierda climática sobre el impacto doméstico del giro antichino y sobre los importantes esfuerzos realizados para construir un renovado dominio estadounidense, su apelación a la izquierda para que responda más seriamente a estos acontecimientos sigue siendo válida. Para ello, sin embargo, hay que prestar mucha atención a las «lógicas» en juego, incluidas las innumerables que han recibido menos atención de la que se merecen.

Más allá del centro de la economía-mundo capitalista

Resulta revelador que la legislación haya resultado más molesta para la Unión Europea y Corea del Sur, «amigos» cuyos intereses el gobierno de Biden ha decidido que puede permitirse el lujo de no tener en cuenta (aunque empresas como Volkswagen, BMW y Enel están ampliando sus operaciones en Estados Unidos para aprovechar las subvenciones de la *Inflation Reduction Act*). Es probable que los verdaderos perdedores globales de la *Inflation Reduction Act* sean los países en vías de desarrollo, que ya están excluidos de los sectores de alto valor añadido de la producción industrial y no pueden competir con la capacidad de autosubvención de las grandes potencias. En gran parte del mundo, pues, la «transición verde» amenaza con seguir una pauta de comportamiento *mutatis mutandis* similar a la respuesta dada a la pandemia de la Covid-19, pero en formato ampliado: enormes paquetes de gasto implementados en el mundo rico para desarrollar tecnologías de vanguardia, que los países pobres tal vez podrían permitirse el lujo de comprar en algún momento. Es posible que la competencia entre Estados Unidos y China empuje a ambos países a cortejar a los mercados emergentes, ofreciéndoles mejores condiciones de las que estos estarían en condiciones de reclamar en otro caso, pero estos últimos seguirán estando en la posición de compradores que apoyan la producción en los países más ricos. El hecho de que el capital privado ocupe un lugar central globalmente en el «sector financiero verde» es probable que ponga los proyectos de descarbonización de los países en vías de desarrollo a merced de inversores volubles, como señala Advait Arun, lo cual no hace sino empeorar las cosas²¹.

²⁰ Jamie Merchant, «The Economic Consequences of Neo-Keynesianism», *The Brooklyn Rail*, julio-agosto de 2023.

²¹ Advait Arun, «The Investment Climate», *Phenomenal World*, 26 de agosto de 2023.

La concentración de la atención en las grandes potencias industriales no debería ocultar la amplia reorganización de la geopolítica mundial que se está produciendo como resultado de la transición verde. La energía es, por decirlo de modo contenido, un gran negocio: se trata de un insumo presente inexcusablemente en la totalidad de la producción de la economía mundial y del factor clave para mantener el nivel de vida de la población en general. Salvo unos pocos países excepcionalmente ricos en petróleo, que pueden disfrutar de los beneficios de unos precios de mercado elevados al tiempo que protegen a su población de ellos, la mayoría de los Estados tienen un gran interés en que los precios de la energía se mantengan bajos, lo cual explica que desempeñen un papel activo en el intento de garantizar la fiabilidad del suministro y de la distribución de energía y, por lo tanto, en el desarrollo y la protección de nuevas fuentes energéticas. Esta dinámica no desaparecerá con los combustibles fósiles (una evolución que, en cualquier caso, no es inminente) y la renovación del sistema energético mundial tendrá importantes repercusiones a largo plazo para el poder político a escala global. En teoría, las fábricas de vehículos eléctricos y baterías pueden construirse en cualquier lugar, pero las turbinas eólicas y los paneles solares no. Del mismo modo, la localización y la conversión acelerada de los recursos necesarios para garantizar las tecnologías verdes, como el litio y los minerales de tierras raras, en materia de seguridad está redibujando el mapa geopolítico²². El suministro de «materias primas» ha sido durante mucho tiempo un mal negocio para los países obligados a depender de su exportación, aunque el reciente incremento del interés mundial por las mismas ha concedido cierta capacidad de influencia a los países ricos en recursos.

En general, el cambiante orden global está generando una coyuntura genuinamente nueva en la política del clima, que exige ser pensada de nuevo en sus propios términos. Los acuerdos internacionales sobre el clima han languidecido durante mucho tiempo a la sombra del comercio mundial como ideas desvaídas, que son muy publicitadas pero cuyo impacto es reducido, en lugar de constituir centros de gravedad de lo que Rosa Luxemburg denominó la «constelación política mundial». En el seno de las instituciones oficiales de la gobernanza mundial del clima, Estados Unidos ha socavado repetidamente los acuerdos jurídicamente vinculantes al tiempo que ha impuesto soluciones de mercado poco sinceras al resto del planeta. En respuesta a ello la izquierda ha tendido

²² Thea Riofrancos, «The Security-Sustainability Nexus: Lithium Onshoring in the Global North», *Global Environmental Politics*, vol. 23, núm. 1, febrero de 2023.

a criticar simultáneamente tanto la falta de liderazgo estadounidense como los límites de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y la Conferencia de las Partes (CP), que se reúne anualmente para procrastinar y no resolver su implementación. La politóloga Jessica Green, por ejemplo, ha pedido recientemente a los activistas del clima que dejen de ocuparse de los acuerdos climáticos para intervenir en el comercio y las finanzas internacionales²³.

Ahora, sin embargo, es el gobierno estadounidense el que está llevando la política climática al ámbito comercial, retando a la Organización Mundial del Comercio a responder a su desafío cada vez más abierto a los mismísimos mandamientos neoliberales que hasta hace poco había considerado inviolables, lo cual ha puesto claramente de manifiesto una de las dinámicas más interesantes y olvidadas activa en el seno del complejo binomio de preocupaciones que ligan China y el clima: la legitimación de un modo de capitalismo de Estado que habría sido impensable en los círculos políticos estadounidenses tan solo hace unos años. Aunque esta pauta de comportamiento ha sido puesta de relieve, su significado no ha sido debidamente analizado. Durante muchos años, el triunvirato formado por Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Europea impulsó un proceso de creciente mercantilización dirigido más allá del centro de la economía-mundo capitalista. Por supuesto, no somos los primeros en observar este cambio de rumbo en pro de una influencia recíproca cada vez más poderosa del capitalismo de Estado sobre los partidarios recalcitrantes del libre mercado en la totalidad del mundo capitalista, no solo en Estados Unidos, Canadá y Europa, sino también en Brasil, la India y otros lugares. Los discursos emblemáticos de la *bidenomics* pronunciados por el presidente Biden y por su consejero de Seguridad Nacional, Jake Sullivan, han señalado lo que se ha denominado el inicio del «neomercantilismo», la idea de que, dado el programa de subvenciones masivas implementado por China (o de la industria energética patrocinada por el Estado ruso), las grandes potencias occidentales no tienen otra opción que jugar al juego del capitalismo de Estado²⁴.

Como señala Lola Seaton, el término «capitalismo político» se ha utilizado de distintas maneras, incluida la pergeñada por el economista

²³ Jessica Green, «Follow the Money», *Foreign Affairs*, 12 de noviembre de 2021.

²⁴ «Remarks by National Security Adviser Jake Sullivan on Renewing American Economic Leadership at the Brookings Institution», 27 de abril de 2023; «Remarks by President Biden on his Vision for the Economy», 20 de abril de 2023.

Branko Milanović, para describir la forma de capitalismo característica de China y otros países. La definición del término por Milanović, aunque bastante diferente de la de Riley y Brenner, es esclarecedora en este punto. Revirtiendo la concepción marxista clásica, Milanović sostiene que el comunismo sentó las bases del capitalismo político mediante la construcción de infraestructuras, la organización de sistemas educativos universales y la creación de Estados funcionales y operativos. El hecho de que el «Occidente» capitalista opte ahora por un modelo en el cual las funciones de dirección del Estado son más robustas sugiere una sorprendente dialéctica del desarrollo capitalista: ¿quizá el comunismo no solo sentó las bases para la aparición del capitalismo en el «Este», sino que ahora también sustenta los esfuerzos para revivir el capitalismo en el «Oeste»?²⁵. Si bien todo ello no augura necesariamente un «régimen de acumulación» totalmente nuevo, sí sirve para recordar que el neoliberalismo no debe confundirse con el capitalismo: las restricciones ideológicas del primero no siempre coinciden con el pragmatismo adecuado del segundo.

¿Objetivos no alcanzados?

Se ha discutido en mucha menor medida, por otro lado, si la *bidenomics* puede o no describirse coherentemente como una política climática. El gobierno estadounidense afirma que va «por buen camino» para reducir las emisiones de carbono el 40 por 100 por debajo de los niveles de 2005 en 2030 (frente a una estimación anterior que preveía que estas se reducirían justo por debajo del 30 por 100)²⁶. Muchas organizaciones progresistas han hecho suya esta afirmación optimista: el Economic Policy Institute, por ejemplo, celebró la *Inflation Reduction Act* como una «política real contra el cambio climático», que ofrece «una oportunidad genuina de asegurar un planeta habitable para las generaciones futuras»²⁷. Pero sus deficiencias como política para reducir las emisiones de carbono son bien conocidas. El papel decisivo desempeñado por Manchin en la aprobación de la misma significa que se basa casi por completo en la concesión de incentivos para propiciar las correspondientes inversiones en tecnología verde, sin que contemple la existencia

²⁵ Branko Milanović, *Capitalism, Alone*, Cambridge (MA), 2019, pp. 67-128; ed. cast.: *Capitalismo, nada más*, Madrid, 2020.

²⁶ «New OMB Analysis: The Inflation Reduction Act Will Significantly Cut the Social Costs of Climate Change», Office of Management and Budget, 23 de agosto de 2022.

²⁷ Josh Bivens, «The Inflation Reduction Act Finally Gave the us a Real Climate Change Policy», *blog* del Economic Policy Institute, 14 de agosto de 2023.

de mecanismos directos para reducir el uso de combustibles fósiles (el texto incluso estipula que para arrendar tierras federales para proyectos de energías renovables, estas deben ofrecerse también al desarrollo de petróleo y gas). Esta teoría de la transición presupone que las energías renovables más baratas desplazarán a los combustibles fósiles, pero todas las «transiciones» energéticas precedentes han sido procesos de adición de energía: madera más carbón, carbón más petróleo, petróleo más energía solar. Existen algunos indicios de que el gobierno estadounidense pretende desplegar las potestades del Estado regulador con mayor eficacia: la Environmental Protection Agency, por ejemplo, propuso a principios de este año «las normas más estrictas jamás aprobadas» para la regulación de las emisiones procedentes de los tubos de escape²⁸. Pero a falta de medidas para frenar directamente el uso de combustibles fósiles, hay poco que distinga la estrategia de «solo zanahorias» propugnada por la *Inflation Reduction Act* de la famosa política energética de Obama denominada «*all of the above*», esto es, la propuesta de recurrir a todos los tipos de energía ya existentes (energías fósiles, renovables y nuclear, además de la explotación minera de determinados recursos críticos) para garantizar el crecimiento económico y el empleo. Los cálculos de los efectos de la ley también presuponen el despliegue generalizado de tecnologías de «emisiones negativas» no verificadas, como la captura y el almacenamiento de carbono (lo mismo ocurre con algunas de las trayectorias de modelización del IPCC y, de hecho, con la mayoría de los modelos de emisiones cero-neto). La cifra de gasto más difundida es la estimación de la Budget Office del Congreso de 369 millardos de dólares, distribuidos en diez años, lo cual equivale a la mitad del presupuesto *anual* de las fuerzas armadas estadounidenses²⁹. Pero la ausencia de límites establecidos sobre las exenciones fiscales significa que el gasto podría exceder ampliamente estas cifras. Tim Shay ha descrito célebramente todo ello como un «bufet de barra libre» para el capital y los consumidores verdes³⁰.

²⁸ Camila Domonoske, «The Big Reason Why the US Is Seeking the Toughest-Ever Rules for Vehicle Emissions», NPR, 12 de abril de 2023.

²⁹ «Estimated Budgetary Effects of H.R. 5376, the Inflation Reduction Act of 2022», Congressional Budget Office, 2 de agosto de 2022.

³⁰ Jim Tankersley y Brad Plumer, «Companies Flock to Biden's Climate Tax Breaks, Driving Up Costs», *The New York Times*, 3 de mayo de 2023; Tim Sahay, Mark Blyth y Ted Fertik, «What Mark Blyth Got Wrong About Bidenomics and Climate Change», charla celebrada en la Brown University, 3 de febrero de 2023, disponible en YouTube.

Los límites de la norma no son solo de escala. Como sostiene la economista Daniela Gabor, el planteamiento de «reducción de riesgos» recogido por la *Inflation Reduction Act* a tenor del cual el Estado estimula al capital para que este efectúe las inversiones consideradas necesarias para impedir la catástrofe global amenaza con desencadenar un proceso de descarbonización «desordenado» controlado por los intereses del sector privado y no por las prioridades públicas. A diferencia de una transición justa, que proporcionaría una rampa de salida para las personas y municipios cuyos puestos de trabajo e ingresos dependen de la industria de los combustibles fósiles, por ejemplo, la dependencia de la *Inflation Reduction Act* de las exenciones fiscales significa que, aunque contiene incentivos para la inversión en las llamadas «comunidades energéticas», no existe garantía alguna de que las iniciativas para producir energía limpia beneficiarán directamente a quienes se hallen más amenazados por la reducción de la utilización de los combustibles fósiles³¹. Y aunque la *Inflation Reduction Act* concede prioridad a la producción de mercancías —paneles solares, coches eléctricos—, la construcción de infraestructuras de energías renovables requerirá una planificación y una inversión públicas masivas, que excede netamente lo estipulado en la *Infrastructure Investment and Jobs Act*, cuya aprobación contó con el apoyo conjunto del Partido Demócrata y del Partido Republicano. Por no mencionar el hecho de que gran parte de la «tecnología verde» no es totalmente verde: las baterías tienen sus propios costes de carbono, siendo todavía más elevados los aparejados a las batería gigantes necesarias para las furgonetas totalmente eléctricas de Ford, como la Ford F-150. Cuanto más grandes sean los vehículos estadounidenses, más litio y otros recursos necesarios utilizarán, lo que reducirá su disponibilidad para otros proyectos de energía limpia y ralentizará el ritmo general de descarbonización³².

Al mismo tiempo, el hecho, a menudo pasado por alto, de que las entidades sin ánimo de lucro, incluidos los gobiernos estatales y municipales, también puedan optar a exenciones fiscales (en forma de pagos directos del gobierno federal) es significativo: representa quizás la única oportunidad para una auténtica inversión pública. El potencial de esta normativa queda ilustrado por la recientemente aprobada *Build Public Renewables Act* por el estado de Nueva York. Defendida por una coalición

³¹ J. Mijin Cha, «The Future of the Labour-Climate Alliance», *Dissent*, primavera de 2023; Madeleine Ngo, «The Energy Transition Is Underway. Fossil Fuel Workers Could Be Left Behind», *The New York Times*, 12 de julio de 2023.

³² Thea Riofrancos *et al.*, «Achieving Zero Emissions with More Mobility and Less Mining», *Climate and Community Project Report*, enero de 2023.

formada por activistas electorales socialistas y sindicatos del sector energético, la ley exige a la New York Power Authority, la mayor empresa suministradora públicamente regulada, que a partir de 2030 toda su electricidad proceda de energías limpias, así como que reduzca paulatinamente hasta su cierre completo la producción de las seis centrales de gas natural que operan en la ciudad de Nueva York³³.

Existe una enorme preocupación por las repercusiones de la creciente tensión existente entre Estados Unidos y China sobre la cooperación en materia de objetivos climáticos y por sus efectos en cadena para un potencial acuerdo global. La infructuosa visita de John Kerry a Pekín el pasado mes de julio no parece augurar nada bueno. La idea que anima estos temores es que solo puede avanzarse, cuando las principales partes acuerden reducciones conjuntas, porque la crisis climática es, en última instancia, un «problema de acción colectiva», que hunde sus raíces en la tragedia de los comunes. Sin embargo, al menos determinadas evidencias sugieren que los países siguen asumiendo compromisos climáticos en ausencia de una genuina coordinación global y que la acción climática está más impulsada por las preocupaciones distributivas domésticas que por las relaciones internacionales³⁴. En cualquier caso, deberíamos ser capaces de condenar la agresión a China sin necesidad de exagerar sus consecuencias para el progreso climático.

Sigue siendo cierto, sin embargo, que los progresos efectuados en el proceso de descarbonización son especialmente difíciles de evaluar. ¿Puede el movimiento climático estadounidense pedir cuentas al gobierno en este frente? El retrato de la izquierda estadounidense que se desprende de algunas de las contribuciones al debate sobre «Siete tesis sobre la política estadounidense» –autores amnésicos de la perspectiva de clase empantanados en la perniciosa dinámica del estancamiento secular (Riley y Brenner) o ingenuos que en su miopía ecológica han aceptado acríticamente la escalada de hostilidad hacia China (Anderson)– podría sorprender a los Demócratas, que han estado arengando a los activistas climáticos por su insuficiente gratitud. Muchos de los grupos ecologistas y de defensa de una transición climática justa, inicialmente cortejados por el gobierno de Biden con la promesa de dedicar el 40 por 100 de los

³³ Aliya Uteuova, «New York Takes Big Step Toward Renewable Energy in “Historic” Climate Win», *The Guardian*, 3 de mayo de 2023.

³⁴ Michaël Aklin y Matto Mildenberger, «Prisoners of the Wrong Dilemma: Why Distributive Conflict, Not Collective Action, Characterizes the Politics of Climate Change», *Global Environmental Politics*, vol. 20, núm. 4, noviembre de 2020.

beneficios del programa *Build Back Better* a las «comunidades desfavorecidas», se negaron finalmente a respaldar la *Inflation Reduction Act* y, en su lugar, lanzaron una reprimenda al gobierno por sus iniciativas. Los ecosocialistas han denunciado las dádivas concedidas al sector privado y cuestionado la fiabilidad de la legislación como fundamento para acometer una descarbonización acelerada. Los jóvenes activistas por el clima han condenado igualmente las concesiones incluidas en la *Inflation Reduction Act* a los combustibles fósiles y la decisión del gobierno estadounidense de permitir a Conoco Phillips perforar en su «Proyecto Willow» ubicado en la Reserva de Petróleo de Alaska³⁵.

Aunque la izquierda ha sido menos aquiescente de lo que en ocasiones se afirma, la dura realidad es que tales protestas han tenido un efecto modesto. Si bien la izquierda contribuyó a incluir el cambio climático en la agenda política predominante, su éxito ambivalente le ha privado de fuerza. La predisposición al diálogo con la izquierda del Partido Demócrata mostrada por la Casa Blanca se desvaneció hace mucho tiempo al hilo de sus esfuerzos por alinear a los centristas y al capital. Aunque la izquierda ecologista ha tenido dificultades para alcanzar sus objetivos más ambiciosos, las acusaciones de ingenuidad geopolítica y de despreocupación respecto a las constricciones de la «larga recesión» imputan erróneamente la responsabilidad.

Un silencio ensordecedor

Si la importancia de la política económica de Biden en tanto que política climática ha quedado, en el mejor de los casos, sumergida en el debate sobre «Siete tesis sobre la política estadounidense», los impactos materiales acelerados del calentamiento global han pasado prácticamente desapercibidos. En los artículos publicados hasta ahora se han examinado a fondo los habituales obstáculos estructurales al crecimiento, como el exceso de capacidad, la rentabilidad vacilante, el descenso de la inversión, etcétera. Riley, en un artículo sobre la quiebra del Silicon Valley Bank escrito a principios de este año y publicado en *Sidecar/El Salto* en el que abundaba en las tesis contenidas en «Siete tesis sobre la política estadounidense», sugería que la «relocalización» de la producción de vehículos

³⁵ Yessenia Funes, «The Fight to Stop the Inflation Reduction Act's Fossil Fuel Giveaway», *The Frontline*, 10 de agosto de 2022; Branko Marcetic, «The Inflation Reduction Act Should Be Cause for Relief, Not Celebration», *Jacobin*, 8 de agosto de 2022; Julia Mueller, «Climate Activists Call on Biden to Take More Forceful Action», *The Hill*, 27 de agosto de 2023.

eléctricos y paneles solares acabará enfrentándose a los problemas que actualmente afectan al sector industrial mundial en su conjunto:

Imaginemos, a modo de experimento mental, que la *bidenomics* en su forma más ambiciosa tuviera éxito. ¿Qué significaría esto exactamente? Por encima de todo, conduciría a la relocalización doméstica de la capacidad industrial tanto en la fabricación de chips como en la tecnología verde. Pero ese proceso se desarrollaría en un contexto global en el que todas las demás potencias capitalistas estarían intentando vigorosamente hacer más o menos lo mismo. La consecuencia de este impulso simultáneo de la industrialización sería la exacerbación masiva de los problemas de exceso de capacidad a escala mundial³⁶.

Las cosas pueden desenvolverse exactamente así. El sector automovilístico estadounidense es emblemático del proceso de expansión económica acaecido después de la Segunda Guerra Mundial, el cual ahora se ve ensombrecido por la Gran Aceleración; incluso en el escenario más optimista, es difícil imaginar que el sector industrial recupere su antiguo esplendor o sostenga una ronda similar de prosperidad. Pero esta no es una razón convincente para no efectuar en todo caso estas inversiones. Si dentro de otros diez o veinte años las tasas de crecimiento de sectores impulsados por energías limpias se ralentizan considerablemente, ello constituiría ciertamente un problema para el capital verde, pero igualmente resulta difícil comprender por qué este hecho debería disuadirnos de invertir, incluso de invertir en exceso, en tecnologías caracterizadas por sus bajas emisiones de carbono. Puede que el capitalismo esté «perdiendo fuelle», como afirma Aaron Benanav, aunque es bienvenida una cierta humildad a este respecto, pero no parece que lo esté haciendo con la rapidez suficiente para evitar la «ebullición global»³⁷. Cualquier proyecto socialista futuro, además, necesitará baterías y paneles solares, aunque estos se construyan y desplieguen de formas radicalmente distintas.

Lo que queremos destacar aquí, sin embargo, es un punto que se menciona brevemente en el análisis de Thomas Meaney de la *Inflation Reduction Act*, pero que curiosamente no se halla presente en el debate sobre el futuro del crecimiento: la perspectiva de que se produzcan

³⁶ Dylan Riley, «Drowning in Deposits»/«Anegados en liquidez», *Sidecar/El Salto*, 4/13 de abril de 2023.

³⁷ A. Benanav, «Un exceso de capacidad devorador», cit.; Ajit Niranján, «Era of Global Boiling Has Arrived», Says UN Chief as July Set to Be Hottest Month on Record», *The Guardian*, 27 de julio de 2023.

«acontecimientos extremos» o puntos de inflexión a diversas escalas que podrían perturbar gravemente o incluso desestabilizar las industrias y economías capitalistas³⁸. Este silencio también refleja el silencio del discurso predominante, que sigue imaginando un periodo a corto o medio plazo en el que los efectos del cambio climático aún no requieren una atención sostenida, al menos en la parte rica del mundo. Pero no es alarmista señalar que el declive de la rentabilidad del sector industrial y la dinámica del «capitalismo político», que impide lo que Riley y Brenner denominan «la construcción de coaliciones hegemónicas de crecimiento», no son los únicos límites importantes a las posibilidades de crecimiento futuro. Un clima cambiante y cada vez más volátil es ahora una característica garantizada de cualquier futuro que podamos imaginar. La utilidad de las previsiones económicas o de los diagnósticos políticos que no tengan en cuenta en sus premisas esta volatilidad y sus efectos potencialmente catastróficos se reduce significativamente. La represión de la importancia material del cambio climático presente y futuro es sintomática de la negativa a reconocer el clima como una fuerza política por derecho propio.

Puede que no se vislumbre en el horizonte inmediato una verdadera crisis de las que marcan época, aunque bastarían unos pocos veranos consecutivos de intensísimas olas de calor como las registradas durante el de 2023 para tener un impacto significativo, por ejemplo, en el turismo y la agricultura del sur de Europa. Pero la posibilidad de que se produzcan efectos más contenidos, aunque graves, es cada vez mayor, a medida que el cambio climático repercute en la «economía» a través de la inestabilidad de los mercados de seguros, el agotamiento de los principales acuíferos, las catástrofes urbanas «naturales» o cualesquiera otras perturbaciones graves. Recientemente, las aseguradoras privadas han dejado de ofrecer pólizas a los propietarios de viviendas en California y Florida, dos de los mayores estados del país, ambos vulnerables a condiciones meteorológicas extremas³⁹. Los principales centros urbanos estadounidenses corren el riesgo de quedarse sin agua dulce: en junio de 2023 el gobernador de Arizona anunció la prohibición de efectuar nuevos proyectos inmobiliarios en determinadas zonas de Phoenix, que al depender de las aguas

³⁸ Thomas Meaney, «Fortunes of the Green New Deal», *NLR* 138, noviembre-diciembre de 2022, p. 99; ed. cast.: «Las fortunas del *Green New Deal*», *NLR* 138, enero-febrero de 2023, p. 89.

³⁹ «Climate Change Is Coming for America's Property Market», *The Economist*, 21 de septiembre de 2023. Los huracanes que azotaron Florida el año pasado costaron al estado entre el 7,5 y el 10 por 100 de su PIB.

subterráneas no pueden garantizar un suministro adecuado de agua potable, lo cual constituye una gota en el océano, si se tiene en cuenta que el río Colorado se está secando⁴⁰. Las inundaciones y sequías catastróficas han diezmando los cultivos en todo el mundo, incluido el arroz, alimento básico de gran parte de la población mundial. En julio, la India, que exporta el 40 por 100 del arroz mundial, anunció la prohibición de algunas de sus exportaciones tras quedar severamente inundados sus arrozales por las copiosas lluvias monzónicas, lo que desató el temor a una crisis alimentaria global⁴¹. El crecimiento de la productividad total de los factores agrícolas también ha disminuido significativamente desde mediados de siglo como consecuencia del cambio climático⁴². Los actuarios se hacen eco de las advertencias de pánico de los científicos de que las bajas estimaciones del riesgo climático son muy poco realistas. Aunque los fenómenos meteorológicos extremos acaparan la mayor parte de la atención, los efectos más mundanos del calor sobre la productividad laboral en sectores que van de la construcción al envasado de carne amenazan con exacerbar tanto el bajo crecimiento de la productividad como las emergencias de salud pública en todo el mundo.

Son muchos los economistas que se muestran realmente optimistas en cuanto a las perspectivas de crecimiento en una situación de calentamiento global. William Nordhaus, galardonado con el Premio Nobel en 2018, estimó que un calentamiento de 3°C, más del doble de lo que hemos experimentado hasta ahora, reduciría el PIB mundial sólo el 2,1 por 100, mientras que incluso un calentamiento de 6°C, aproximadamente la diferencia entre las temperaturas actuales y las de la Edad de Hielo, reduciría el PIB en solo el 8 por 100⁴³. En cambio, el análisis de Gernot Wagner y Martin Weitzman sobre los «choques climáticos», que hasta ahora parece más acorde con la realidad observada, sugiere que un calentamiento de 6°C podría reducir la producción el 30 por 100, pero muy posiblemente mucho más⁴⁴. Un escenario en el que los impactos fueran tan graves como para socavar por completo la acumulación de

⁴⁰ Jeremy Childs e Ian James, «Water Concerns Prompt New Limits on Growth in Arizona», *Los Angeles Times*, 1 de junio de 2023.

⁴¹ Rajendra Jadhav, Mayank Bhardwaj y Shivam Patel, «India Imposes Major Rice Export Ban, Triggering Inflation Fears», *Reuters*, 20 de julio de 2023.

⁴² Ariel Ortiz-Bobea *et al.*, «Anthropogenic Climate Change Has Slowed Global Agricultural Productivity Growth», *Nature Climate Change*, núm. 11, abril de 2021.

⁴³ William Nordhaus, «Climate Change: The Ultimate Challenge for Economics», *American Economic Review*, vol. 109, núm. 6, junio de 2019.

⁴⁴ Gernot Wagner y Martin Weitzman, *Climate Shock: The Economic Consequences of a Hotter Planet*, Princeton (NJ), 2016, p. 62.

capital constituiría el tipo de «segunda contradicción» del capitalismo largamente debatida por pensadores como James O'Connor y, más recientemente, Nancy Fraser y Jason Moore⁴⁵.

La política en un mundo en proceso de calentamiento

¿Qué presagian estas crisis climáticas para la política y para el «capitalismo político»? Como observa Seaton, es posible imaginar que una economía de suma cero propiciaría un escenario en el cual los trabajadores no se enfrentarían entre sí ni se exacerbarían los antagonismos en el seno de la propia clase, sino que, por el contrario, se intensificaría la lucha de clases; la idea de que el crecimiento aplaza el conflicto distributivo es una de las pocas cosas en las que los defensores y los críticos del capitalismo se muestran de acuerdo. Pero incluso el estancamiento –o el «estado estacionario» previsto desde hace tiempo por los economistas ecológicos– parece ahora un escenario desconcertantemente optimista dada la profunda inestabilidad y la dinámica de suma negativa que probablemente pongan en marcha las perturbaciones graves relacionadas con el clima. Aunque los efectos climáticos extremos no generen grandes repercusiones económicas a corto plazo, se dejarán sentir en la vida cotidiana cuando la gente pierda sus hogares a causa de catástrofes, se vea obligada a trabajar al aire libre en medio de olas de calor que ponen en peligro su vida, etcétera. Por catastróficos y mortíferos que puedan ser algunos de estos acontecimientos, muchos de ellos no supondrán amenazas inminentes a la acumulación de capital. Es imposible imaginar que el calentamiento del clima *no* vaya a tener repercusiones económicas, incluso si no llegan a ser significativas durante un tiempo, pero lo lamentable es que el capitalismo es claramente capaz de continuar e incluso prosperar frente a este enorme sufrimiento humano.

La idea de que el capitalismo colapsará finalmente bajo el peso de sus contradicciones ecológicas es demasiado simplista y puede ser *de facto* demasiado optimista. En estos momentos, la *bidenomics* es un programa económico más tradicional de lo que cabría esperar en respuesta a una

⁴⁵ James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988; Nancy Fraser, «Climates of Capital: For a Trans-Environmental Eco-Socialism», *NLR* 127, enero-febrero de 2021 [ed. cast.: «Los climas del capital», *NLR* 127, marzo-abril de 2022]; Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*, Londres y Nueva York, 2015; ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

amenaza evidentemente existencial: no prevé ni trata de abordar los nuevos problemas –pérdidas de cosechas, grave escasez de agua, desplazamientos masivos– que el cambio climático nos planteará cada vez con más fuerza. Es poco probable, sin embargo, que los Estados se queden de brazos cruzados mientras el capitalismo recorta sus propias perspectivas de futuro. La preocupación de las elites por el cambio climático no está motivada únicamente por la suerte del entorno natural, sino por los efectos del calentamiento global sobre la vida política y sobre la propia economía. Los esfuerzos de los Estados por estimular la inversión verde pueden entenderse en parte como esfuerzos por coordinar una respuesta a las tendencias autodestructivas del capital, esfuerzos en cuyo seno reina la división y que son contradictorios, como el propio capital⁴⁶. Sin embargo, si los efectos del cambio climático empiezan a hacer mella en la economía, es probable que se aceleren los esfuerzos por crear un sucesor del capitalismo fósil. La «violencia lenta» de los impactos climáticos también reconfigurará el panorama político, ya que los Estados se verán cada vez más obligados a responder a los efectos secundarios provocados por la misma, ya sea interviniendo para llenar el vacío dejado por las aseguradoras privadas o proporcionando fondos de recuperación a las comunidades afectadas por los correspondientes desastres⁴⁷.

El impacto creciente de los choques climáticos, dicho en otras palabras, requerirá probablemente una intervención estatal cada vez más intensa, por un lado, para garantizar las condiciones de acumulación de capital y, por otro, para asegurar cierto grado de legitimidad popular en un entorno de caos climático. A pesar de lo terrible que resulta esta perspectiva, también ofrece oportunidades para la contestación desde la izquierda. James O'Connor sugirió en una ocasión que los problemas ecológicos podrían ofrecer una «segunda vía» hacia el ecosocialismo, ya que el capitalismo no sólo ha socializado los medios de producción, sino que ha exigido y exige respuestas cada vez más socializadas a la destrucción capitalista⁴⁸. No es necesario aceptar esta lógica por completo para reconocer las tensiones potencialmente productivas generadas por escenarios en los que el papel del Estado crece a medida que se intensifican

⁴⁶ Alyssa Battistoni, «State, Capital, Nature: State Theory for the Capitalocene», en Rob Hunter, Rafael Khachaturian y Eva Nanopoulos (eds.), *Marxism and the Capitalist State: Towards a New Debate*, Londres, 2023.

⁴⁷ Rob Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Cambridge (MA) y Londres, 2011.

⁴⁸ J. O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», cit.

las crisis ecológicas, creando directamente el espacio para librar batallas políticas sobre la naturaleza y el propósito de la inversión⁴⁹.

Resulta imposible, por supuesto, anticipar con precisión cuáles serán las repercusiones políticas de un clima cambiante. A pesar de la inmediatez de una ola de calor o de una inundación, el cambio climático sigue siendo un fenómeno muy mediado. Aunque hay quien discierne e identifica oportunidades para las fuerzas progresistas en una economía poscarbono, no existe ninguna razón para presumir que las consecuencias sociales y políticas de un planeta más caliente beneficiarán a la izquierda⁵⁰. Un mundo de suma cero podría intensificar el conflicto de clase, pero también podría fácilmente inflamar otras divisiones sociales. Como Mike Davis predijo hace más de una década —«la adaptación selectiva de los pasajeros de primera clase de la Tierra» y «la creación de oasis verdes y cerrados de riqueza permanente en un planeta por lo demás seriamente golpeado»—, los ricos urbanos se están protegiendo actualmente de la escasez de agua privando a los pobres de ella, mientras que la migración climática amenaza con agravar la xenofobia, que ya se halla exacerbada⁵¹.

En este sentido, es tan esencial que permanezcamos atentos ante estas posibilidades, como vital que cuestionemos su inevitabilidad. Uno de los efectos ideológicos más profundos del capitalismo ha sido naturalizar la expectativa de que un estado de suma cero es necesariamente un estado hobbesiano; proyectar los modelos organizativos actuales en el futuro sin matizaciones ni críticas produce naturalmente expectativas distópicas, incluso apocalípticas. No cabe duda de que es fundamental tener en cuenta, como han hecho muchas de las contribuciones al debate de

⁴⁹ El control popular de la inversión es un tema clave de la contribución de Aaron Benanav al debate. Sostiene que una sociedad con bajas emisiones de carbono orientada a satisfacer las necesidades humanas implica «una democratización exhaustiva del proceso de inversión y de su función, no únicamente en lo que atañe a su legitimidad, sino en lo referido a la garantía de los resultados correctos», A. Benanav, «A Dissipating Glut», cit., p. 80; ed. cast.: «Un exceso de capacidad devorador», cit., p. 93.

⁵⁰ Pierre Charbonnier ha afirmado que la descarbonización puede transformar la política en un sentido que favorezca a la izquierda, permitiéndole «repolitizar las necesidades»: «Ouvrir la brèche: politique du monde post-carbone», *Le Grand Continent*, 14 de junio de 2021.

⁵¹ Mike Davis, «Who Will Build the Ark?», *NLR* 61, enero-febrero de 2010, p. 38 [ed. cast.: «¿Quién construirá el Arca?», *NLR* 61, marzo-abril de 2010, pp. 37-38]; Elisa Savelli *et al.*, «Urban Water Crises Driven by Elites' Unsustainable Consumption», *Nature Sustainability*, núm. 6, abril de 2023.

«Siete tesis sobre la política estadounidense», las limitaciones estructurales a largo plazo del dinamismo del capitalismo, pero las advertencias resignadas sobre las sombrías perspectivas de un futuro de bajo crecimiento corren el riesgo de acelerar, en lugar de rechazar, el destino que nos espera en un mundo de suma cero. Desafiar este sentido común y poner de relieve los puntos de solidaridad potencial nos parece una de las premisas fundamentales de la política de izquierda. Empiezan a vislumbrarse avances políticos prometedores. Durante el «verano caliente de luchas obreras» de este año, las cuestiones relacionadas con el clima empezaron a dar forma a la política de la fuerza de trabajo más allá de los ámbitos familiares de la energía: los trabajadores de UPS exigieron y consiguieron aire acondicionado en sus camiones y los trabajadores de los almacenes de Amazon se marcharon cuando se vieron obligados a trabajar con un calor excesivo. Queda por ver si estas demandas de medidas de adaptación necesarias para sobrevivir en un mundo más cálido pueden traducirse en demandas de mitigación más agresivas. Representan, como mínimo, un paso hacia la integración de las cuestiones ecológicas en todo tipo proyectos políticos y no solo mediante iniciativas tecnocráticas o incluso mediante esfuerzos realizados con el objetivo de formar coaliciones en torno a «intereses», sino a través de demandas planteadas desde abajo.

Estamos de acuerdo con Riley y Brenner en que «los viejos tópicos y patrones de pensamiento» son inadecuados, pero lo mismo puede decirse de los análisis de la izquierda que ignoran el clima. No hay futuro en el que el cambio climático no afecte a la totalidad de las cuestiones políticas. El clima está remodelando el terreno en el que lucharemos durante los próximos años y solo hemos empezado a considerar lo que esto significará. Quizá lo más esperanzador que pueda decirse de la política económica de Biden en este momento es que se trata de un reconocimiento reticente y a regañadientes de este hecho y por ello deberíamos estar agradecidos a quienes han luchado tanto para forzar la cuestión, aunque todavía estemos muy, muy lejos de donde tenemos que ir.